

dtv



Sechzehn spanische Märchen in spanisch-deutschem Paralleldruck. Es sind zum Teil Märchen in unserem Sinn, auch mit ähnlichen Motiven, zum Teil sind es eher Schwänke oder Schelmengeschichten. Manches darin erinnert an deutsche, englische, französische Märchen, aber manches scheint anders zu sein (oder: kommt weniger verhüllt zum Vorschein): Die aus dem Kampf ums Überleben resultierende Lust, andere hereinzulegen; ein grimmiges Bedürfnis, Hochmütige zu demütigen; und eine verblüffende Derbheit. Etliche dieser Märchen sind kunstlos drauflos-erzählt, aber einige lassen einen gewitzten, geradezu literarisch gewandten Erzähler erkennen.

Ein Anhang gibt Auskunft über die Quellen, die Redaktionsarbeit des Herausgebers und Übersetzers und die – schon Anfängern leicht verständlichen – sprachlichen Besonderheiten dieser Texte, die abgesehen von ihrem volkskundlichen Wert auch einfach interessant und unterhaltsam sind.

Cuentos populares · Spanische Volksmärchen

Herausgegeben und übersetzt von Lothar Gaertner

Mit Illustrationen von Louise Oldenbourg

dtv

Ausführliche Informationen über
unsere Autoren und Bücher
www.dtv.de



Deutsche Erstausgabe / Veränderte Neuausgabe 2004
8. Auflage 2017
© der Übersetzung:
dtv Verlagsgesellschaft mbH & Co. KG, München
zweisprachig@dtv.de
Umschlagkonzept: Balk & Brumshagen
Umschlagbild: Ausschnitt aus einem Gemälde von Velázquez
Satz: KOMDATA, Nobber
Druck und Bindung: Kösel, Krugzell
Gedruckt auf säurefreiem, chlorfrei gebleichtem Papier
Printed in Germany · ISBN 3-423-09437-0

El conde Abel y la princesa · Graf Abel und die Prinzessin	
6 · 7	
El palacio del Jarancón · Der Palast des Jarancón	18 · 19
La gaita · Der Dudelsack	32 · 33
Las monas · Die Äffinnen	42 · 43
El herrero y el diablo · Der Schmied und der Teufel	
54 · 55	
Las tres gracias por Dios · Die drei Gottesgnaden	64 · 65
El tío Grillo, adivino · Onkel Grill, der Wahrsager	
74 · 75	
El acertijo · Das Rätsel	86 · 87
La cosa más rara del mundo · Das sonderbarste Ding der Welt	96 · 97
Ladrón y pícaro · Dieb und Schelm	106 · 107
La apuesta del posadero · Die Wette des Wirts	120 · 121
El roble que no quiso pagar · Die Eiche, die nicht zahlen wollte	126 · 127
El médico y la Muerte · Der Arzt und der Tod	138 · 139
Nicolásín y Nicolásón · Nicolasin und Nicolason	
152 · 153	
El asno y el león · Der Esel und der Löwe	168 · 169
El avaro y el jornalero · Der Geizige und der Tagelöhner	
178 · 179	
Bericht des Übersetzers, Anmerkungen	187

El conde Abel y la princesa

Éstos eran un hijo de un conde, que se llamaba el conde Abel, y una princesa, y los dos eran novios. Y una vez estaban comiendo y se le cayó al conde una guinda. Y decía: — ¿Recogeré o no esa guinda que se me ha caído? Si la recojo la princesa dirá que soy sucio y avariento. Y si no la recojo dirá que soy gastador. Y así lo estuvo pensando hasta que al fin dijo: — La voy a coger. Y la cogió del suelo y se la comió. Y por eso la novia ya no le quiso. Decía ella que no se casaba con un conde que recogía la comida que se la caía al suelo.

Y el pobre conde se puso muy triste y ya no sabía qué hacer pa que su princesa lo volviera a querer. Y por fin se decidió a irse de mendigo a la casa de la princesa. Y se vistió de mendigo y llevaba escondida una copa de oro, una sortija y un medallón. Y llegó al palacio pidiendo limosna. Y la princesa salió y le dió una limosna. Y entonces él la dijo: — Señora, ¿no tiene usté algo que yo pudiera hacer, algún trabajo? Y ella le dijo que no, que pa todos los quehaceres del palacio ya tenían criados. Y él la dijo que trabajaría en el jardín o donde fuera pa hacer algo y ganar unos cuartos. Y entonces ella le dijo que fuera a cavar en el jardín.

Y fué a cavar en el jardín y a poco que estuvo cavando echó en la tierra la copa de oro y dijo: — Miren ustedes lo que me he encontrao. Una copa de oro preciosa. ¡Qué bonita! Y ya salió la princesa y la vió y le dijo: — ¡Qué bonita! ¡Démela usté! Y él la dijo: — Ésta no se la doy yo a nadie. Yo la he encontrao y mía es. Y le dijo

Graf Abel und die Prinzessin

Es waren einmal ein junger Graf namens Abel und eine Prinzessin, die waren miteinander verlobt. Eines Tages, als sie an der Tafel saßen, fiel dem Grafen eine Sauerkirsche zu Boden. Er überlegte: Hebe ich sie nun auf oder nicht, die Kirsche, die mir runtergefallen ist. Wenn ich sie aufhebe, sagt die Prinzessin sicher, ich sei unsauber und knauserig, und wenn ich sie nicht aufhebe, sagt sie, ich sei ein Verschwender. So überlegte er hin und her, bis er endlich sagte: «Ich hebe sie doch auf.» Er hob sie vom Boden auf und aß sie. Deswegen mochte ihn die Braut nicht mehr. Sie sagte, sie wolle nicht einen Grafen heiraten, der die Speise aufhebt, die ihm zu Boden fällt.

Den armen Grafen überkam große Schwermut, und er wusste nicht, was er tun sollte, damit die Prinzessin ihn wieder liebte. Endlich nahm er sich vor, als Bettler verkleidet zur Prinzessin zu gehen. Er zog sich wie ein Bettler an und nahm heimlich einen goldenen Kelch, einen Ring und ein Medaillon mit. So kam er als ein Almosenbettler an das Schloss. Die Prinzessin trat heraus und gab ihm ein Almosen. Da sagte er zu ihr: «Gnädige Frau, habt Ihr nicht irgend etwas für mich, das ich tun könnte, irgendeine Arbeit.» Sie sagte nein; für alle Tätigkeiten im Palast hätten sie schon Bedienstete. Aber er sagte, er würde auch im Garten arbeiten, gleichgültig wo, nur um etwas zu tun und einige Heller zu verdienen. Da sagte sie ihm, er solle den Garten umgraben.

Also ging er in den Garten zum Umgraben. Er hatte noch nicht lange gearbeitet, da warf er den goldenen Kelch zwischen die Erdschollen und rief aus: «Seht nur, was ich gefunden habe. Einen herrlichen Kelch aus Gold. Wie schön!» Da trat auch schon die Prinzessin heraus, erblickte ihn und sagte: «Wie schön! Gebt ihn mir!» Er antwortete: «Den gebe ich niemandem. Ich habe ihn gefunden, und mir

entonces la princesa: – Pues véndamela. Dígame usted qué quiere por ella. Y él dijo: – No, no; que no la doy por nada del mundo. Y ella le estuvo rogando que se la diera y le preguntaba qué quería por ella, hasta que él la dijo: – Güeno, pues se la doy a usted si se alza usted las enaguas y me enseña sus ligas. Y ella dijo: – Pero que sinvergüenza es usted. ¿Pa qué quiere usted que le enseñe las ligas? Y él la respondió: – Güeno, si no quiere, está bien. Me quedo con la copa de oro. Y ya ella lo estuvo pensando y dijo: – Güeno, este mendigo ¿qué me importa que me vea las ligas? Y le dijo que estaba güeno. Y

gehört er.» Da sagte die Prinzessin: «Dann verkauft ihn mir! Sagt mir, was Ihr dafür wollt.» Er sprach: «Nein, nein, ich gebe ihn um nichts auf der Welt her.» Sie aber bat ihn so sehr darum und fragte ihn, was er dafür haben wolle, bis er zu ihr sagte: «Nun gut, ich gebe ihn Euch, wenn Ihr die Röcke hochhebt und mir Eure Strumpfbänder zeigt.» Da rief sie: «Was seid Ihr für ein unverschämter Kerl. Warum soll ich Euch meine Strumpfbänder zeigen?» Er antwortete: «Gut, wenn Ihr nicht wollt, dann eben nicht. Ich behalte den Kelch aus Gold.» Doch sie dachte nach und sagte sich: «Na, dieser Bettler, was macht es mir schon aus, wenn er meine Strumpfbänder sieht.» Sie sagte also, sie sei einverstanden, hob ihre Unterröcke auf



se alzó las enaguas y le enseñó las ligas y él le dió la copa de oro.

Y se fué la princesa muy contenta con su copa y él siguió cavando en el jardín. Y cavando, cavando, tiró la sortija y la recogió y gritó: — ¡Ahora sí que me he encontrao una cosa bonita! ¡Miren ustedes qué sortija más preciosa! Y ya salió la princesa y la vió y le dijo: — ¡Ay, qué rebonita es! ¿Cuánto quiere usted por ella? Y él le contestó: — Por nada del mundo la doy. Ésta sí que no la doy por nada. Me quedo yo con ella. Pero tanto le estuvo rogando la princesa que por fin la dijo: — Güeno, si usted quiere quedarse con esta sortija tiene que enseñarme las piernas. Y entonces la princesa le dijo: — Pero, qué sinvergüenza y atrevido es usted. Le enseñé las ligas y ahora quiere que le enseñe las piernas. No, señor, eso sí que no puede ser. Y él la dijo: — Muy bien; me quedo con mi sortija. Y entonces ella dijo: — Este mendigo nadien le conoce. ¿Qué me importa que me vea las piernas? Y ya le dijo que estaba güeno que le iba a enseñar las piernas. Y subió el mendigo y le enseñó las piernas. Y cuando ella le enseñó las piernas dijo él: — ¡Ay, qué piernas tan blancas y tan bonitas tiene usted! Y le entregó la sortija.

Y se fué la princesa con la sortija, pero un poco avergonzada. Pero decía: — ¡Qué me importa! Este mendigo tonto no sabe nada, y a nadie se lo dirá. Y el siguió cavando en el jardín, y luego echó un medallón de oro en la tierra y gritó: — ¡Ay, qué medallón más hermoso me he encontrao! Y la princesa cuando lo supo bajó en seguida y le dijo: — A ver el medallón que has encontrao. Y ya se lo enseñó y la dijo: — Mire usted.

und ließ ihn ihre Strumpfbänder sehen. Darauf gab er ihr den goldenen Kelch.

Die Prinzessin ging mit ihrem Kelch sehr zufrieden weg, und er grub im Garten weiter um. Und während er nun so grub und grub, ließ er den Ring fallen, hob ihn auf und rief: «Jetzt habe ich aber etwas Schönes gefunden! Seht nur, was für ein wunderbarer Ring!» Und schon kam die Prinzessin heraus, sah den Ring und sagte: «Ach, wie schön ist der! Was wollt Ihr dafür?» Doch er antwortete ihr: «Um nichts auf der Welt gebe ich ihn her! Den Ring hier gebe ich bestimmt nicht her. Den behalte ich.» Aber die Prinzessin bat ihn so inständig, dass er schließlich sagte: «Gut, wenn Ihr den Ring haben wollt, müsst Ihr mir Eure Beine zeigen.» Da rief die Prinzessin: «Also was seid Ihr für ein unverschämter und frecher Kerl. Ich habe Euch meine Strumpfbänder gezeigt, und jetzt wollt Ihr auch noch meine Beine sehen. Nein, mein Herr, das kann ich wirklich nicht tun.» Er antwortete: «Gut, dann behalte ich eben meinen Ring.» Da sagte sie sich: Diesen Bettler kennt niemand. Was macht es mir denn aus, wenn er meine Beine sieht? Und schon sagte sie ihm, sie sei einverstanden, sie wolle ihm ihre Beine zeigen. Der Bettler ging mit nach oben, und sie zeigte ihm ihre Beine. Dabei sagte er «Oh, was habt Ihr für weiße und hübsche Beine!» und gab ihr den Ring.

Die Prinzessin ging mit dem Ring davon, doch sie schämte sich ein wenig. Aber sie sagte sich: Was macht es schon! Dieser blöde Bettler ist ein ahnungsloser Kerl, er wird es niemanden erzählen. Er aber fuhr fort mit dem Umgraben im Garten; und nach einer Weile warf er das goldene Medaillon auf die Erde, und rief: «Oh, was für ein schönes Medaillon ich gefunden habe!» Als das die Prinzessin erfuhr, kam sie sogleich herunter und sagte zu ihm: «Lass mich das Medaillon sehen, das du gefunden hast!» Er zeigte es ihr und sprach: «Schaut. Doch fragt

Pero no me pregunte cuánto quiero por él porque este sí que no se lo doy ni a usted ni a nadie. Éste es pa quedarme yo con él. Y la princesa le dijo: — ¡Anda, véndemelo! Dime qué quieres que te dé por él. Y él la contestó: — Señora, no me diga usted que se lo dé porque no puede ser. Mírelo usted. Este sí que a nadie del mundo se lo doy ni por dinero ni por nada. Pero la princesa tanto le estuvo rogando que por fin la dijo: — Güeno, pues mire usted, sólo por una cosa se lo doy y es que me deje dormir con usted una noche. — Usted es un atrevido y un pícaro, — le dijo la princesa. — Ya porque le he enseñao las ligas y las piernas cree usted que hasta puede dormir conmigo. Y él la contestó: — Señora, perdone usted. Sólo por eso la doy el medallón. Y me cose en una sábana y me echa a los pies. Así duermo con usted en su cama. Y la princesa le dijo que no, que eso no podía ser. Pero come él la dijo que entonces él se quedaría con el medallón por fin consintió y le dijo que estaba güeno, que por la noche le coserían en una sábana y que dormiría a los pies de ella en su misma cama.

Y cuando llegó la noche fué el mendigo a que lo cosieran en la sábana. Y la princesa le dijo: — ¿Cómo se llama usted? Y él la dijo: — Yo me llamo Pedrón. Y lo metieron en una sábana y lo cosieron y lo llevaron a la cama de la princesa y lo echaron a los pies. Y a media noche empezó a moverse el mendigo y decía: — ¡Ay, qué me descoso! ¡Ay, qué me descoso! Y rompió la sábana y salió y se acostó a la cabecera con la princesa. Y entonces la enamoró y hizo lo que quiso con ella. Y entonces ella le dijo: — ¿Qué voy a hacer yo ahora? No importa quien sea usted tendré que casarme con usted. Y él la dijo: — No puede

mich nicht, wieviel ich dafür will, denn dieses gebe ich Euch gewiss nicht, Euch nicht, und niemandem anderen. Dies ist für mich selber bestimmt.» Die Prinzessin aber sagte: «Komm, verkauf es mir. Sag mir, was ich dir dafür geben soll.» Er antwortete: «Gnädige Frau, sagt mir nicht, dass ich es Euch geben soll, denn das ist unmöglich. Versteht doch. Dies gebe ich wirklich niemandem auf der Welt, weder für Geld noch für sonst etwas.» Doch die Prinzessin drang so lange in ihn, dass er schließlich sagte: «Nun gut! Also: ich gebe es nur unter der Bedingung her, dass Ihr mich eine Nacht bei Euch schlafen lasst.» «Ihr seid ein frecher Kerl und ein Schelm», sagte die Prinzessin. «Bloß weil ich Euch meine Strumpfbänder und meine Beine gezeigt habe, glaubt Ihr, Ihr könnt auch bei mir schlafen.» Er antwortete ihr: «Verzeiht, gnädige Frau! Nur um diesen Preis gebe ich Euch das Medaillon. Ihr dürft mich in ein Bettlaken einnähen und ans Fußende legen. So schlafe ich bei Euch in Eurem Bett.» Die Prinzessin aber sagte nein, das sei unmöglich. Doch als er ihr sagte, dass er dann eben das Medaillon behalten würde, stimmte sie schließlich zu, und sagte, sie sei einverstanden; in der Nacht würde man ihn in ein Bettlaken einnähen, und er könne dann am Fußende ihres Bettes bei ihr schlafen.

Als es Nacht wurde, ließ sich der Bettler in das Bettlaken einnähen. Die Prinzessin sprach zu ihm: «Wie heißt Ihr?» Er antwortete: «Ich heiße Pedron.» Man steckte ihn in ein Bettlaken, nähte ihn ein, trug ihn zum Bett der Prinzessin und legte ihn ans Fußende. Um Mitternacht begann der Bettler sich zu rühren, und er sagte: «Oh weh, die Naht geht auf, oh weh, die Naht geht auf!», zerriss das Laken, kam heraus und legte sich mitten ins Bett zur Prinzessin. Und er lockte sie zur Liebe und tat mit ihr was er wollte. Dann sagte sie zu ihm: «Was tu ich jetzt bloß? Wer auch immer Ihr seid, ich werde Euch heiraten müssen.» Doch er antwortete: «Das ist unmöglich. Ich kann Euch nicht

ser. Yo no me puedo casar con usted. Y a la madrugada se salió del palacio y se fué a cavar al jardín.

Y así pasaron unos meses y todas las noches iba Pedrón a dormir con la princesa. Y ya un día cuando ya no podía esconder de sus padres lo que le pasaba le dijo al mendigo: — ¡Ay, Pedrón, llévame contigo adonde quieras, que si mis padres se enteran me matan! Y él la decía: — No, no, que no te llevo a ninguna parte. Y ella lloraba y le decía: — ¡Ay, Pedrón, Pedrón, que cuando mis padres se enteren! Y él la dijo: — Pero y ¿pa dónde quieres que te lleve? ¿Pa un molino desparrafao que tiene mi padre? Y ella lloraba y decía: — ¡Ay, Pedrón, Pedrón, llévame adonde quieras!

Y ya dijo el conde: — Ella me quiere y se casará conmigo. Y se la llevó en una burra pa su palacio. Y pasaron por onde había un rebaño de cabras muy grande, y le dijo ella: — Mira qué cabras más bonitas. ¿De quién serán? Y él la dijo: — Esas cabras son del conde Abel. Y ella dijo entonces: — ¡Ay de mí! Antes me quería mucho y se quería casar conmigo, pero yo no le quise a él porque una vez se le cayó una guinda y la recogió y se la comió. Y ya pasaron por onde había muchas ovejas, y dijo ella: — Mira qué ovejas más bonitas. ¿De quién serán. Y él la dijo: — Esas ovejas son también del conde Abel. Y ella suspiró y dijo: — ¡Ay de mí! ¡Cuánto me quería a mí el conde Abel y yo tonta no le quise a él! ¡Ay de mí!

Y siguieron caminando pal castillo del conde. Y cuando ya iban llegando al palacio le dijo el conde Abel: — ¿Dices princesa que el conde Abel te quería mucho? Y ella le contestó: — ¡Ay, sí, mucho, mucho! Y yo también le quería, pero

heiraten.» Bei Tagesanbruch schlich er aus dem Palast und ging zum Umgraben in den Garten.

So vergingen einige Monate. Jede Nacht ging Pedron mit der Prinzessin schlafen. Eines Tages, als sie ihren Eltern nicht mehr länger verbergen konnte, was mit ihr vorging, sagte sie zum Bettler: «Ach Pedron, lass mich mit dir fortgehen, wohin du willst. Denn wenn meine Eltern es erfahren, töten sie mich!» Er antwortete: «Nein nein, ich will dich nirgendwohin bringen.» Da weinte sie und sagte: «Ach Pedron, Pedron, was ist, wenn meine Eltern es merken?» Er sagte: «Aber wohin soll ich dich denn bringen? In eine alte verfallene Mühle meines Vaters?» Da weinte sie und sagte: «Ach Pedron, Pedron, bring mich, wohin du willst!»

Der Graf sagte sich da gleich: «Sie liebt mich und wird mich heiraten.» Und auf einem Esel nahm er sie mit auf den Weg zu seinem Schloss. Als sie an einer sehr großen Herde Ziegen vorbeikamen, sprach sie zu ihm: «Schau, was für hübsche Ziegen. Wem die wohl gehören?» Da sagte er: «Diese Ziegen gehören dem Grafen Abel.» Und sie sprach: «Oh weh! Früher liebte er mich sehr und wollte mich heiraten, doch ich mochte ihn nicht. Ihm war nämlich einmal eine Sauerkirsche runtergefallen, und er hat sie aufgehoben und gegessen.» Gleich darauf kamen sie an einer großen Anzahl Schafe vorbei. Und sie sprach: «Schau, was für hübsche Schafe. Wem die wohl gehören?» Darauf sagte er: «Diese Schafe gehören auch dem Grafen Abel.» Da seufzte sie und sprach: «Oh je, wie sehr liebte mich doch der Graf Abel, und ich Närrin wollte ihn nicht. Oh je!»

Dann setzten sie den Weg zum Schloss des Grafen fort. Als sie schon beinahe angekommen waren, sagte der Graf Abel zu ihr: «Du sagst, Prinzessin, dass der Graf Abel dich sehr geliebt hat?» Sie antwortete: «Oh ja, sehr, sehr! Und ich habe ihn auch geliebt, doch wegen der Sache mit

por lo de la guinda ya no le quise. ¡ Ay, qué tonta fuí! ¡ Ay, cuánto me quiso!

Ya estaban cerca del palacio y llegaron ande estaba un molino. Y ai en el molino metió el conde Abel a la princesa y ai estuvieron hasta que dió a luz. Y el conde le llevó allí ropa y comida, criados y todo lo que hacía falta. Y ella le dijo un día: – ¿De dónde traes tú todo eso, Pedrón? Y él la dijo: – De la casa y hacienda del conde Abel. Y ella le preguntó: – ¿Y dónde está el conde Abel? Y él la abrazó y la dijo: – Éste es el conde Abel, el que te quería y te quiere. Y ya se quitó el vestido de mendigo y ella le reconoció. Y se casaron y se fueron a vivir al palacio del conde.

der Sauerkirsche wollte ich ihn nicht mehr. Ach, wie dumm ich war ! Ach, und er liebte mich doch so sehr ! »

Sie waren nicht mehr weit vom Schloss entfernt, da kamen sie an einer Mühle vorbei. In diese Mühle brachte Graf Abel die Prinzessin, und dort blieben sie, bis sie ihr Kind gebar. Der Graf versorgte sie dort mit Kleidung und Essen, mit Dienerschaft und allem, was sie nötig hatte. Da sprach sie eines Tages zu ihm: « Wo bringst du denn das alles her, Pedron? » Er antwortete ihr: « Vom Hofgut des Grafen Abel. » Sie fragte: « Und wo ist der Graf Abel? » Da umarmte er sie, und sagte: « Ich bin Graf Abel, der dich geliebt hat und noch immer liebt. » Zugleich zog er das Bettlergewand aus, und sie erkannte ihn. Da heirateten sie und zogen in das Schloss des Grafen.

El palacio del Jarancón

Éste era un hombre que tenía dos hijos y una hija y que era viudo. Y cerca de ellos vivía una maestra que era también viuda y que venía todos los días a la casa del viudo y le decía a la niña: – Oye, linda, anda y dile a tu padre que se case conmigo. Y dile que si se casa conmigo les doy a sus hijitos pan y miel todos los días. Y la niña iba y se lo decía a su padre. Pero el padre no quería. Y venía otra vez la maestra y les decía lo mismo a los hermanitos. Y ellos iban y le decían al padre: – Padre, cátese usted con la maestra que nos dará pan y miel. Y el padre les respondía: – No, hijos no me caso, que luego os dará pan y hiel.

Pero tanto estuvieron insistiendo que el padre al fin se casó con la maestra. Y llegó cierto tiempo que el matrimonio nuevo tuvieron familia. Y luego que fué creciendo la niña de la maestra a los hijos primeros del padre los maltrataba mucho la madrastra. A la hija la hacían hacer todo en la casa. Ella tenía que ir por agua al río, hacer la lumbre y hacer de comer. Y la mejor comida la comían antes de dársela a ella. Y entonces pa que no la enviaran siempre por agua la hermanita rompía todos los cántaros. Y la madrastra la castigaba y decía: – ¡ Ay, qué muchacha más mala! No sé qué voy a hacer con ella. Y le mandaron hacer un cántaro de hoja y lata pa que no lo rompiera. Y cuando la enviaron por agua la hermanita dijo: – Pues éste lo he de romper también. Y sus hermanitos le habían dao un anillito que siempre llevaba consigo. Y para romper mejor el cántaro se quitó el anillo y le

Der Palast des Jarancón

Es war einmal ein Mann, der hatte zwei Söhne und eine Tochter und war Witwer. In der Nachbarschaft lebte eine Meisterin, die war Witwe; sie kam jeden Tag in das Haus des Witwers und sagte zu dem Mädchen: «Hör mal, meine Hübsche, geh zu deinem Vater und sag ihm, er soll mich heiraten. Sag ihm, wenn er mich heiratet, gebe ich seinen Kindern jeden Tag Brot und Zucker.» Das Mädchen ging zum Vater und sagte es ihm. Aber der Vater wollte nicht. Immer wieder kam die Meisterin, und nun sagte sie dasselbe zu den Brüdern. Auch sie gingen zum Vater und sagten zu ihm: «Vater, heiratet doch die Meisterin, sie wird uns Brot und Zucker geben.» Darauf antwortete der Vater: «Nein, Kinder, ich heirate nicht, denn nachher gibt sie euch Brot und Galle.»

Aber die Kinder bedrängten den Vater so sehr, dass er schließlich die Meisterin heiratete. Nach einiger Zeit hatten die neuen Eheleute ein Kind. Und als dann die Tochter der Meisterin heranwuchs, wurden die ersten Kinder des Vaters von der Stiefmutter sehr schlecht behandelt. Man ließ da die Schwester die ganze Hausarbeit machen. Sie musste zum Wasserholen an den Fluss gehen, musste Feuer machen und das Essen kochen. Doch das Beste aßen die anderen auf, erst dann bekam sie etwas. Damit man sie nicht immer um Wasser schickte, zerbrach das Schwesterlein alle Krüge. Da schalt sie die Stiefmutter und sagte: «O was für ein schlechtes Mädchen. Was soll ich mit ihr tun?» Sie bekam den Befehl, einen Krug aus Blech machen zu lassen, damit sie ihn nicht mehr zerbräche. Als man sie nun zum Wasserholen schickte, sagte sich das Schwesterlein: «Diesen muss ich auch kaputt machen.» Ihre Brüder hatten ihr einen kleinen Ring geschenkt, den hatte sie immer angesteckt. Um den Krug besser kaputt machen zu können, streifte sie das Ringlein ab und legte es auf

puso sobre un guijarro. Y fué a romper el cántaro pero no pudo.

Y cuando estaba tratando de romper el cántaro vino una aguilita y se llevó el anillito. Y cuando la niña la vió que se llevaba su anillito le gritó:

– Aguilita, aguilita, dame mi anillito que me dieron mis hermanos de recuerdito. Y la aguilita la respondía: – Andarás y andarás y en los balcones de tus hermanos le hallarás. Pero la niña primero ni oía lo que decía la aguilita de lo mucho que sentía perder el anillito, y volvía a gritarla a la aguilita: – Aguilita, aguilita, dame mi anillito que me dieron mis hermanos de recuerdito. Y la aguilita la respondía otra vez: – Andarás y andarás y en los balcones de tus hermanos le hallarás. Y por tercera vez le gritaba la niña a la aguilita: – Aguilita, aguilita, dame mi anillito que me dieron mis hermanos de recuerdito. Y la aguilita ya se iba y le decía por última vez: – Andarás y andarás y en los balcones de tus hermanos le hallarás. Conque la aguilita se paró y dejó el anillo en los balcones de un hermoso palacio.